

- ¡No puedo verte!, gritaba el tendero.

- ¡El siguiente, por favor!

- ¡No puedo verte!, bramaba el frutero.

- ¡El siguiente, por favor!

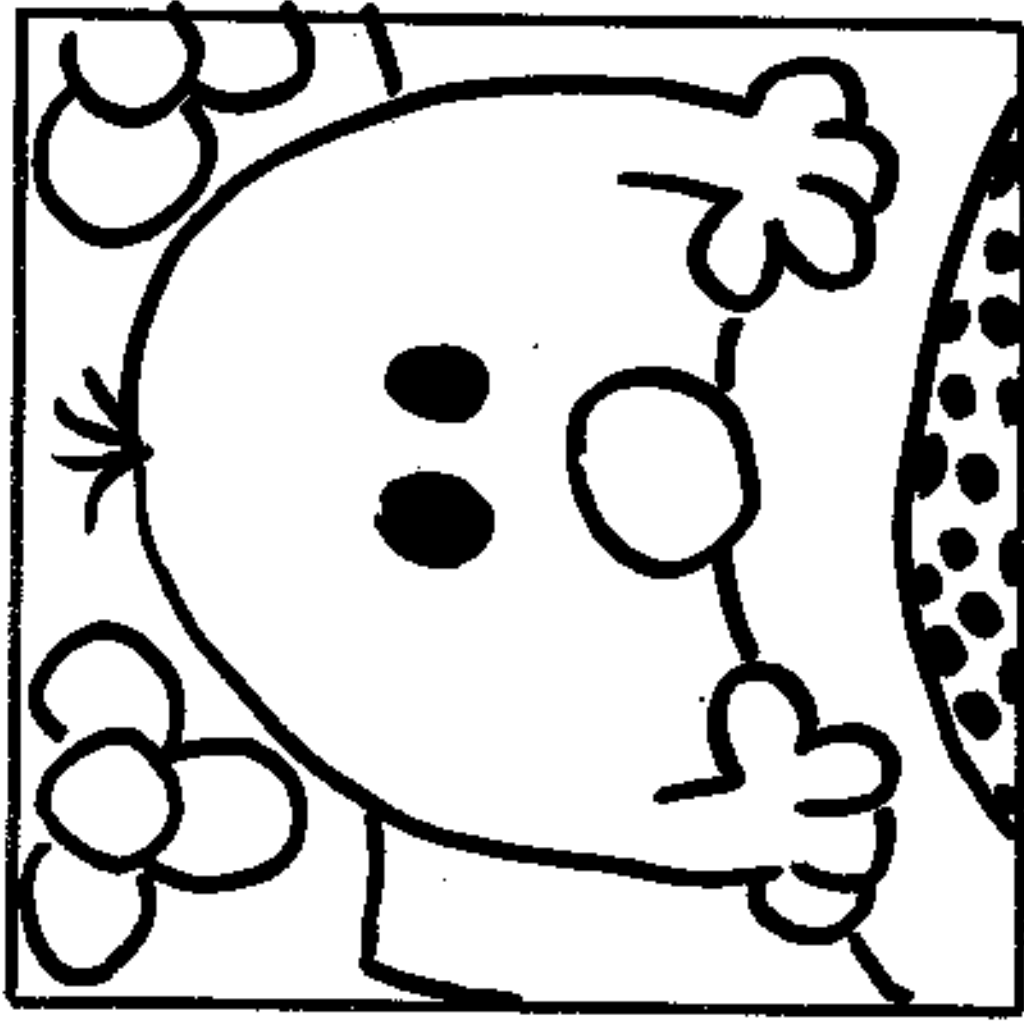
- ¡No puedo verte!, rugía el lechero.

- ¡El siguiente, por favor!

- ¡No puedo verte!, tronaba el carricero.

- ¡El siguiente, por favor!

El pobre Don Silencioso se fue a su casa
y se metió en la cama. Hambriento.



A la mañana siguiente, a Don Silencioso
le despertó un ruido como el que hacen las
bombas.

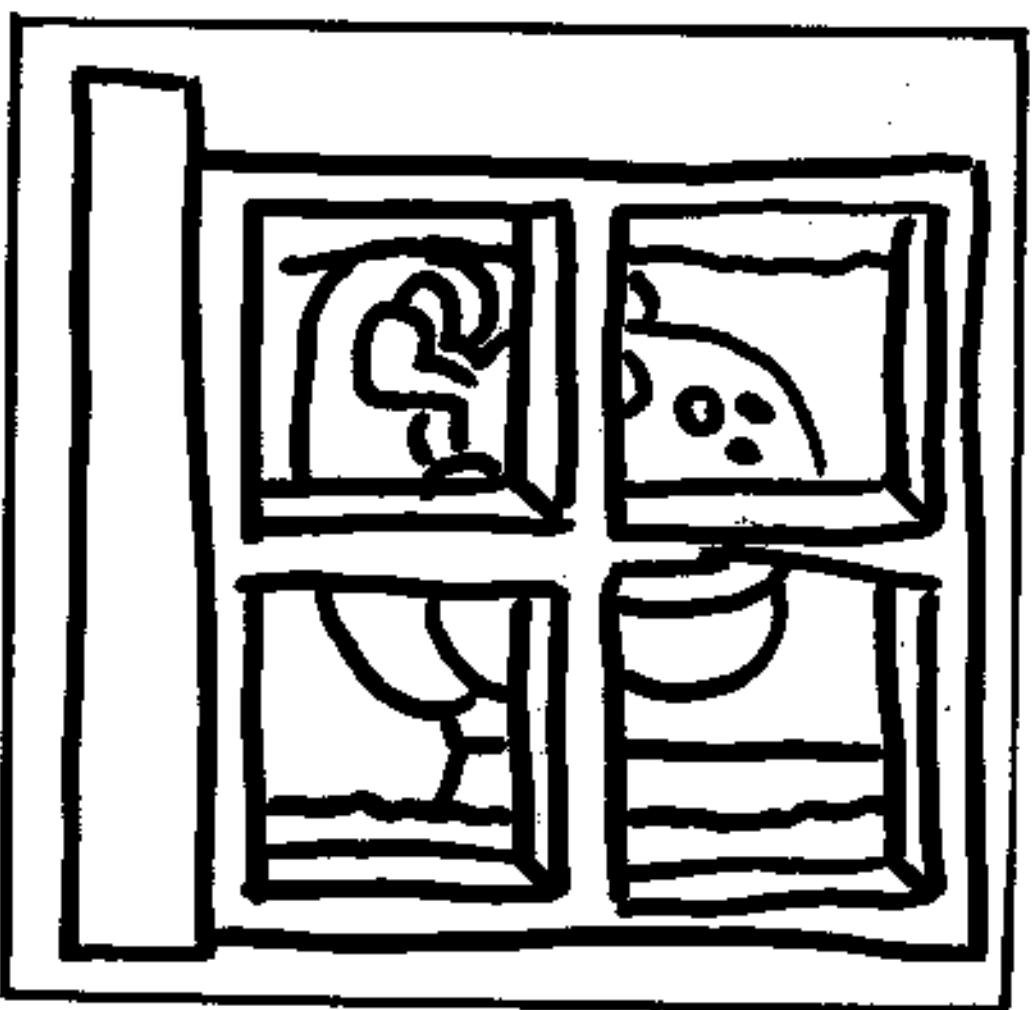
Era el cartero de la Tierra del Ruido que
llamaba a la puerta de Don Silencioso.

¡Don. ren. ren. ren!

Don Silencioso abrió la puerta.

—¡Buenos días! —gritó el cartero—.

¡Carta para ti!



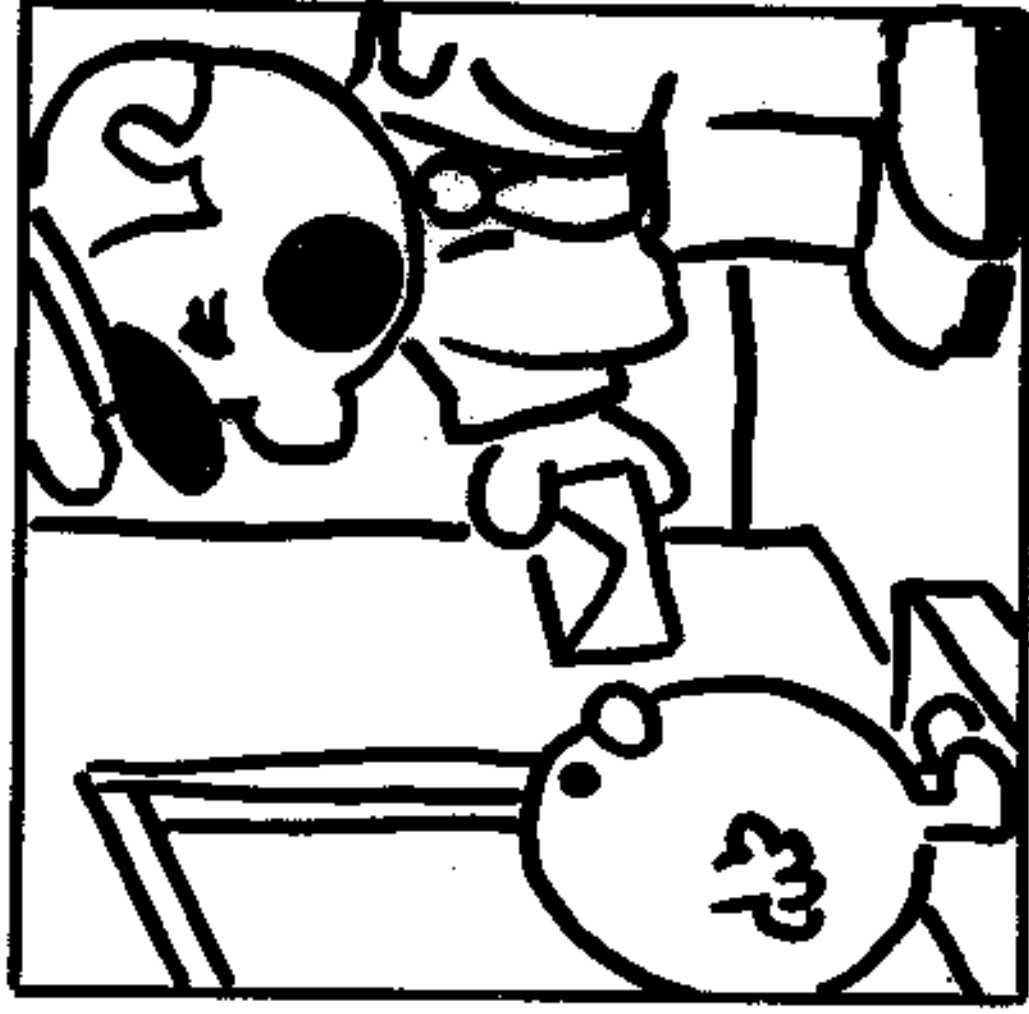
Aquella noche en su casa, Don Silencioso
se sintió muy desesperado.

"¿Qué voy a hacer?", pensó.

"Zendré que intentarlo otra vez .

Y, al día siguiente volvió a ir
a la compra.

Pero pasó lo mismo.

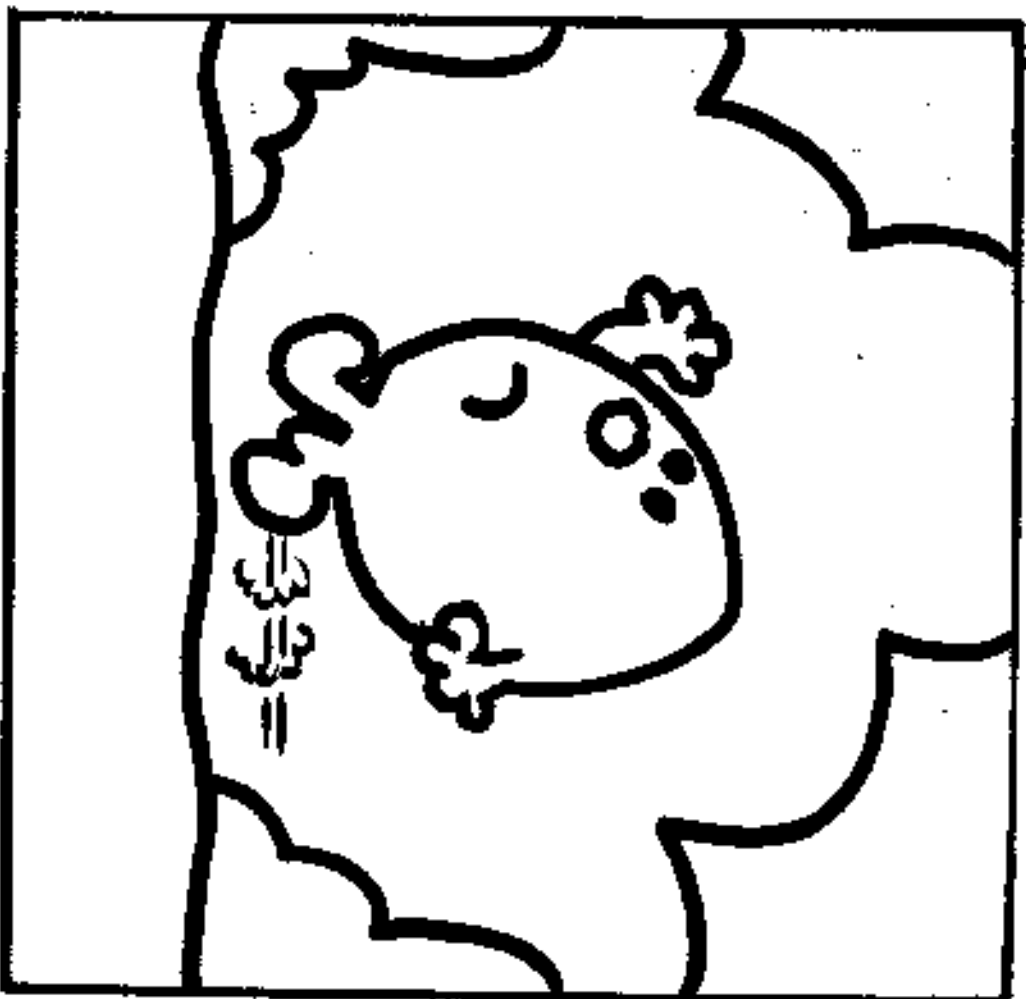


Don Silencioso llevó la carta
a la cocina.

Se sentó para abrirla.

Expresó hasta que el ruido de las pisadas
del cartero desapareció.

Clumpr, clumpr, clumpr, clumpr!



Don Silencioso abrió la carta,
muy excitado.

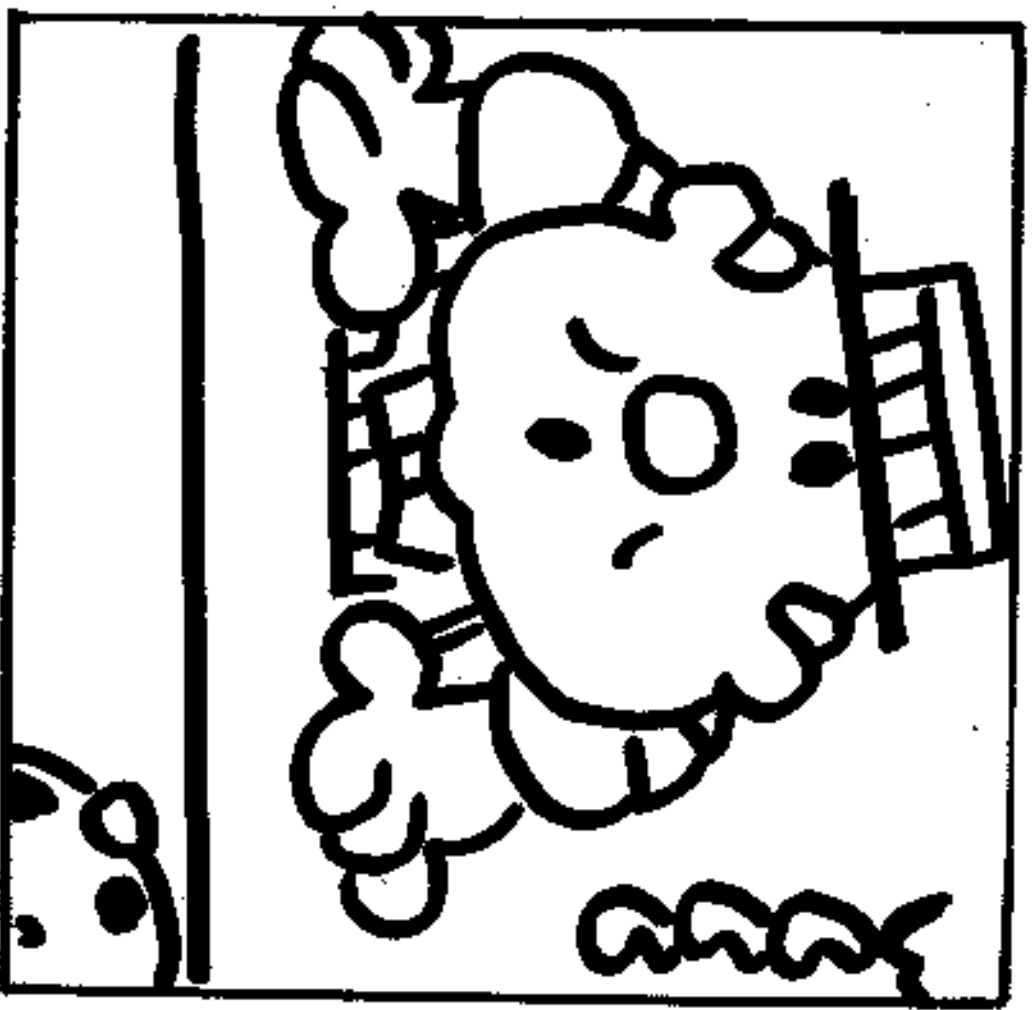
Nunca había tenido una carta antes.
Era de Don Feliz, en la Tierra
de la Felicidad.

¡Una invitación!

¡Para quedarse!

Don Silencioso estaba contentísimo.

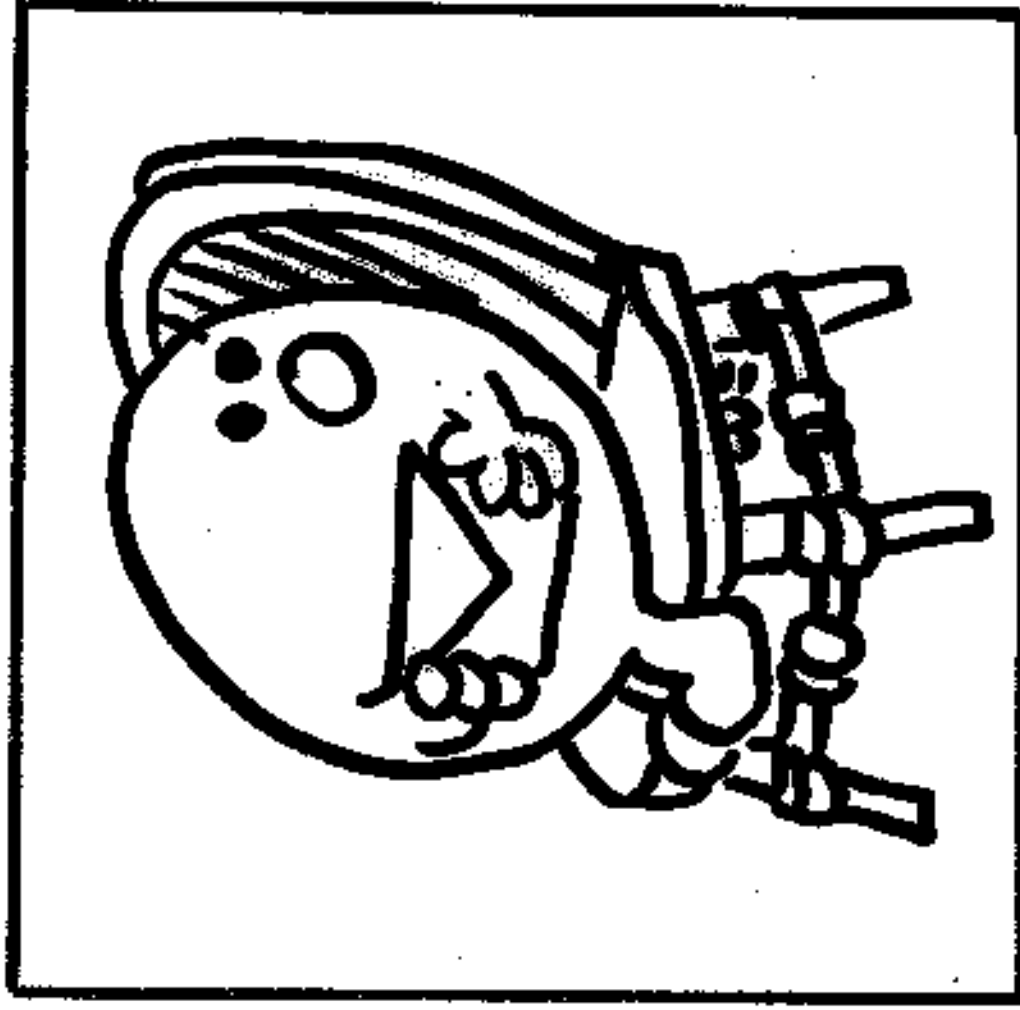
Hizo la maleta y se marchó aquella
misma mañana.



Don Silencioso tuvo que marcharse
con las manos vacías.

A menudo le pasaba esto,
lo que probablemente explica por qué
era tan pequeño.

¡Pobre Don Silencioso!



Después, entró silenciosamente
en la carnicería.

-Por favor -susurró-, quisiera algo
de carne.

El carnicero ni siquiera le oyó.

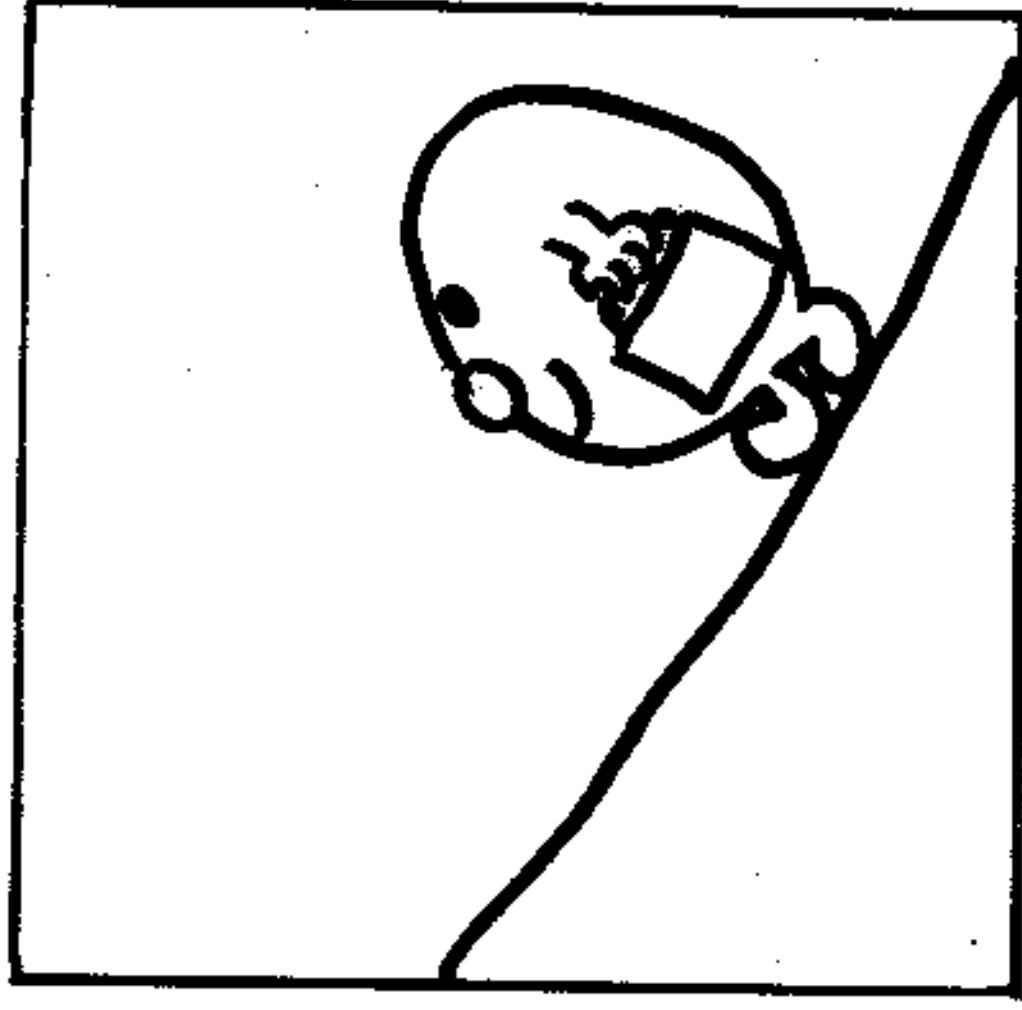
Zarareaba una canción en voz alta.

Don Silencioso lo intentó otra vez.

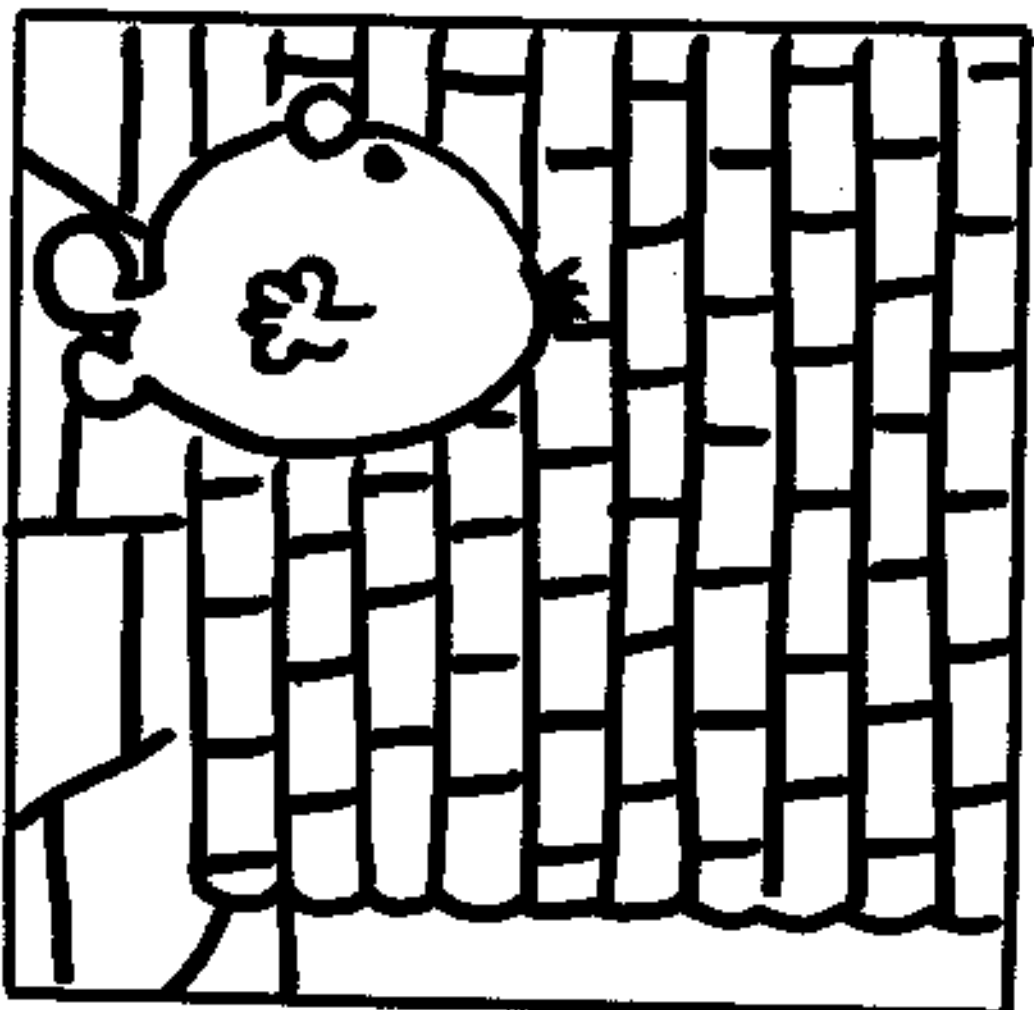
-Por favor -susurró-, quería algo
de carne.

El carnicero empezó a silbar.

Parecía más una alarma que un silbido.



Era tarde cuando llegó a la casa
de Don Felix.
Llamó a la puerta.
|Zam, tam, tam!



Don Feliz abrió la puerta.

— ¡Hola! —sonrió—. Creí que había sido algo. Zi debes de ser Don Silencioso.

Bien, no te quedas ahí, pasa y cena algo.

Era la primera comida decente

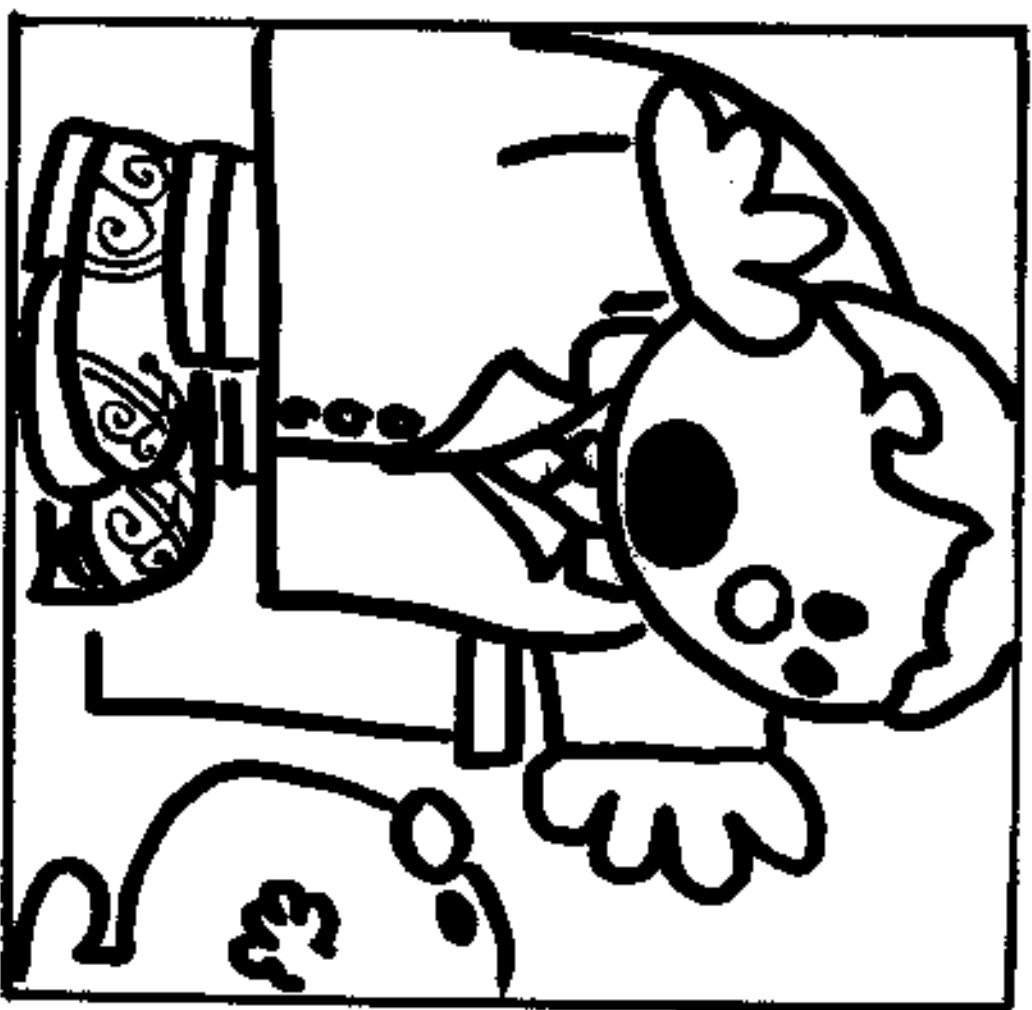
que Don Silencioso había tomado durante

meses, y, mientras comía le contó

a Don Feliz los problemas que había

tenido en la Tierra del Ruido.

Don Feliz fue muy comprensivo.



¡Pobre Don Silencioso!

-Por favor -dijo -, quiero unos cereales.

-¿Qué?

-Cereales, por favor -susurró.

-¡Habla más alto!

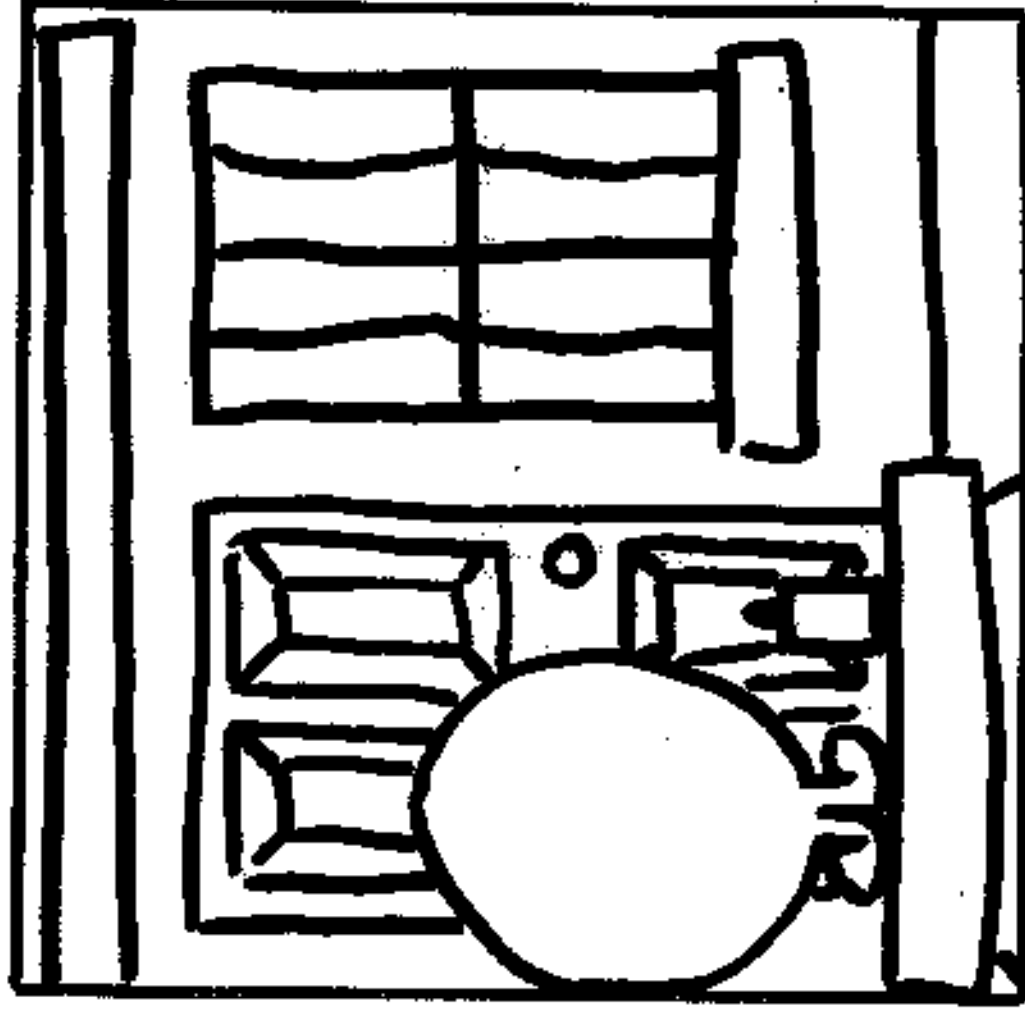
Don Silencioso levantó un poquito la voz.

-Cereales.

-¡No puedo oírte! -gritó el tendero-

¡El siguiente, por favor!

Y el pobre Don Silencioso tuvo
que marcharse sin cereales.



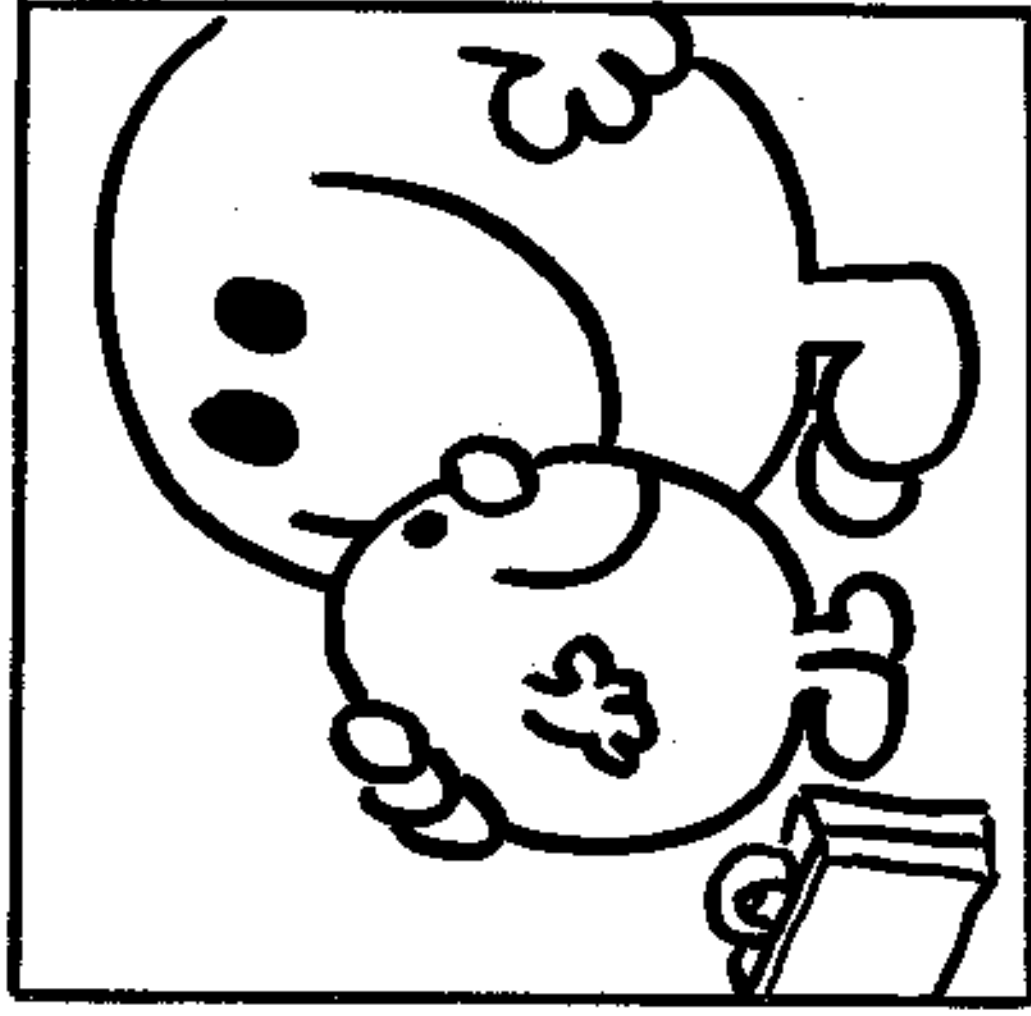
Pero, por supuesto, no podía quedarse allí todo el tiempo.

Cada semana, por ejemplo, tenía que ir a la compra.

Don Silencioso entraba silenciosamente en la tienda de ultramarinos.

- ¡Buenos días! - gritaba el tendero -

¿Qué puedo hacer por usted?



Don Feliz le dijo a Don Silencioso que había estado pensando en su problema.

-Crees que es mejor que te quedas aquí, en la Tierra de la Felicidad.

Y te encontráramos una casa y trabajo.

-No soy muy bueno para los trabajos

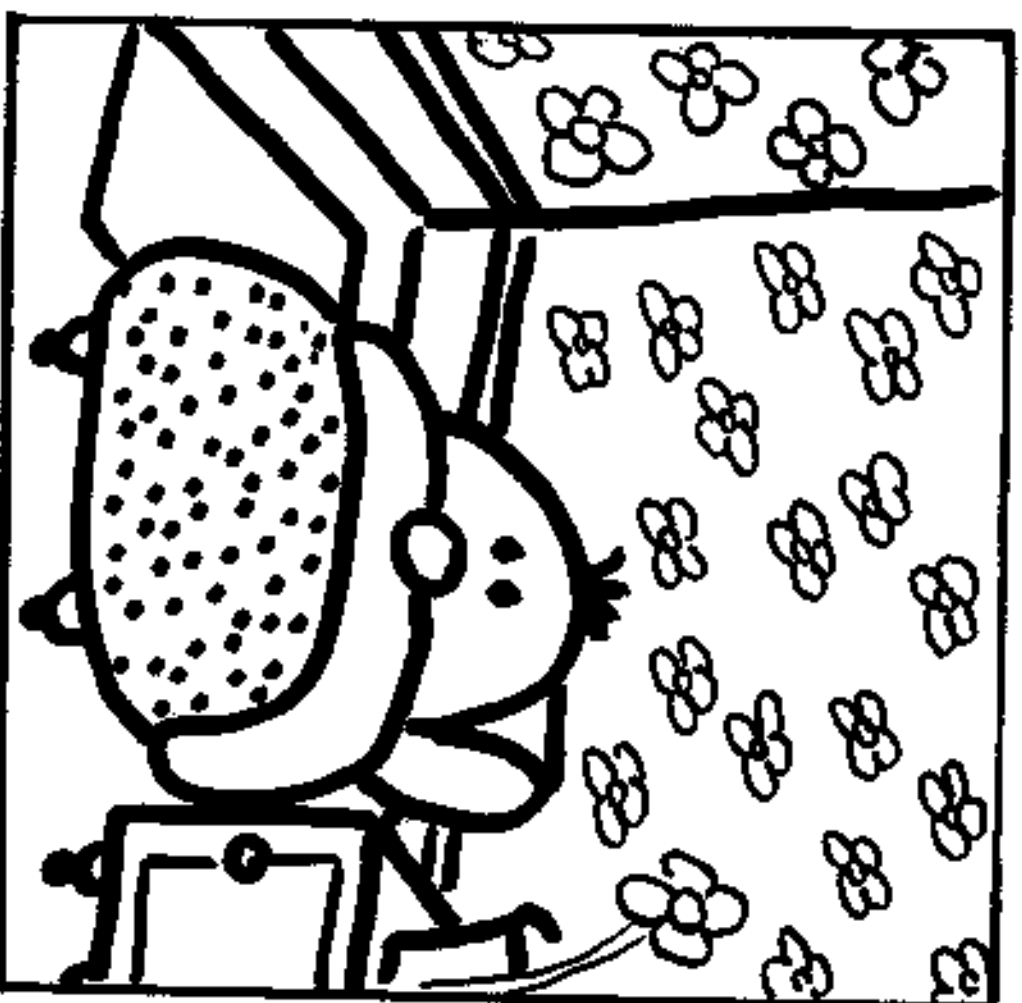
-confesó-, porque soy demasiado silencioso.

-¡Ah! -dijo Don Feliz-. Yo tengo el trabajo apropiado para ti!

Y al día siguiente Don Silencioso empezó a trabajar. Y le gustó.

¿Sabéis dónde trabaja?

- 31 -



- 2 -

En la Biblioteca Feliz.

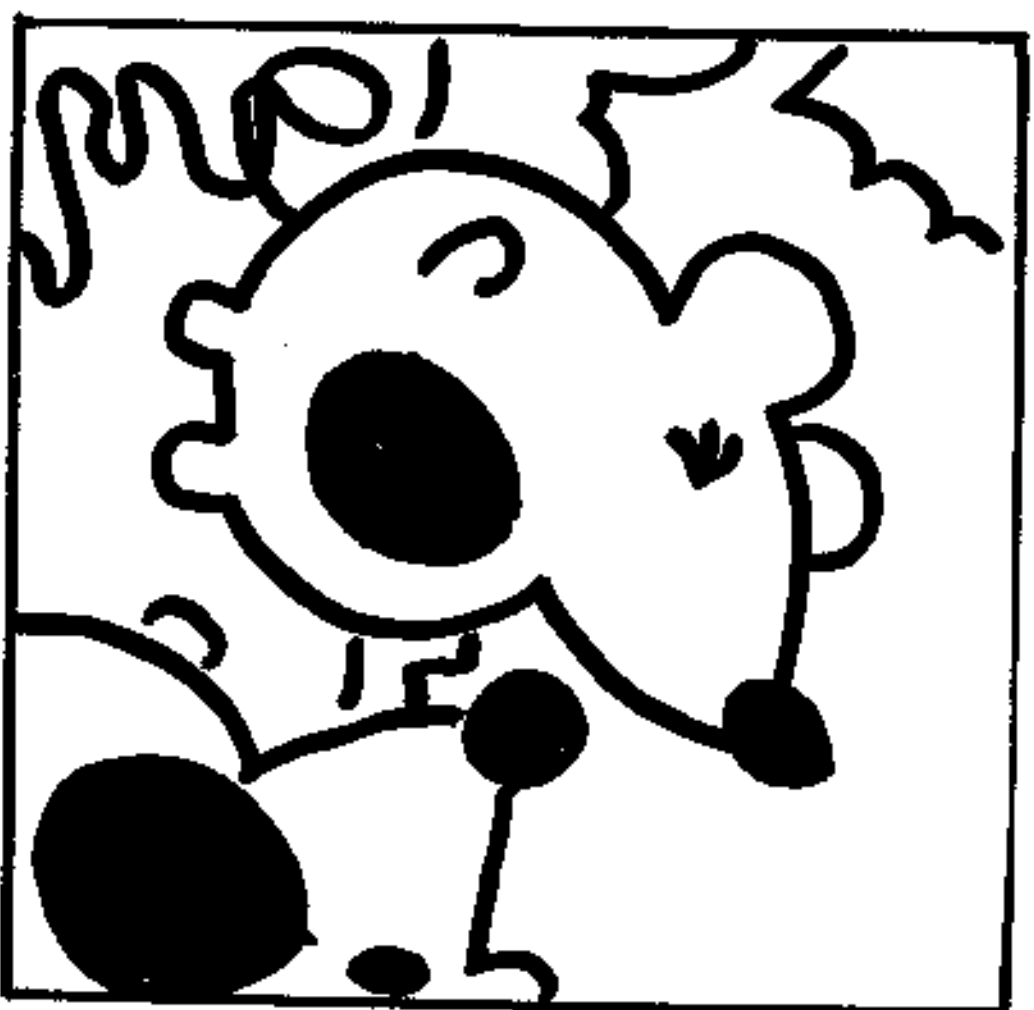
Como sabéis, la gente que va a una biblioteca tiene que estar callada y sólo está permitida susurrar.

¡Qué idea tan inteligente tuvo Don Feliz!
¿Verdad?

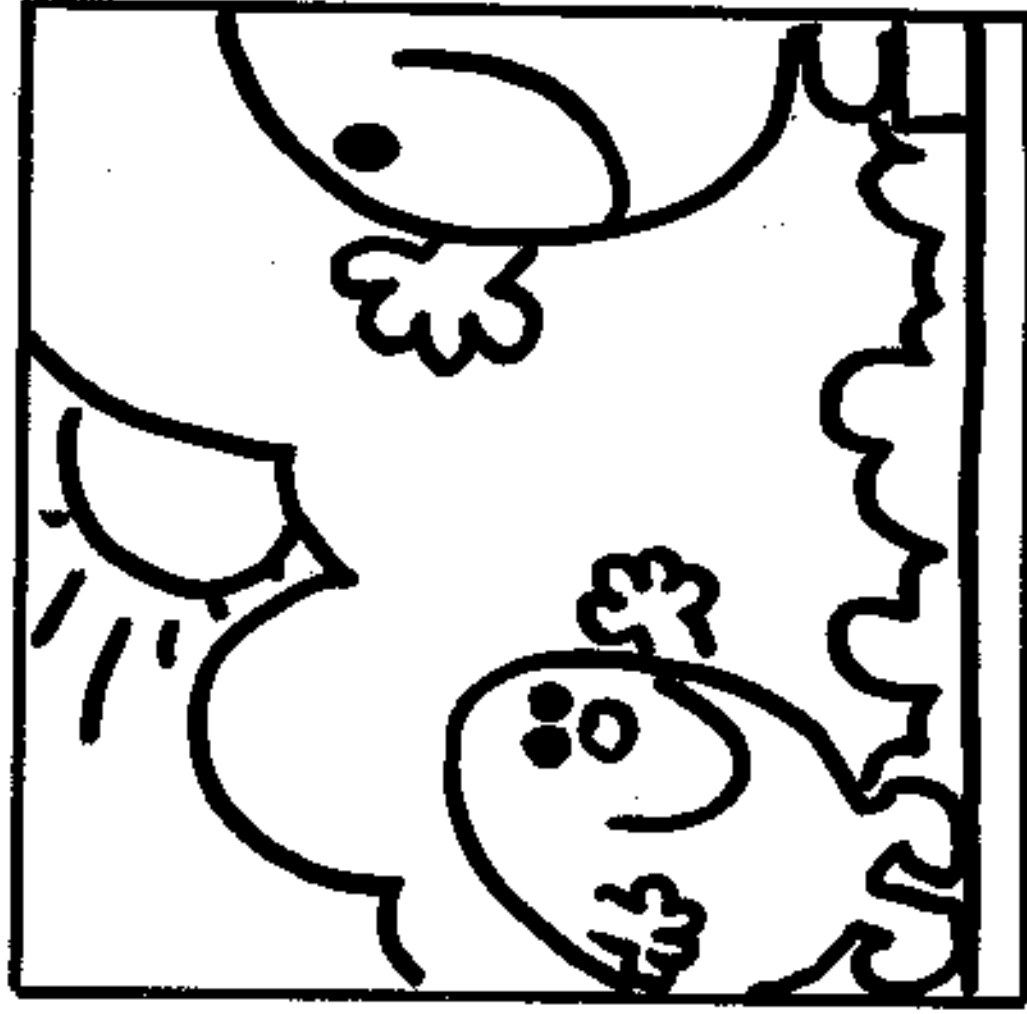
Y Don Silencioso se sintió muy feliz.

Però el otro día, al volver andando a casa después del trabajo.

¿sabéis lo que hizo?



A Don Ruidoso le habría gustado vivir en
la Tierra del Ruido.
A él le habría encantado.
Pero a Don Silencioso no.
El ruido le asustaba.
Por tanto, él se quedaba en casa,
en medio del bosque, todo el tiempo
que podía.

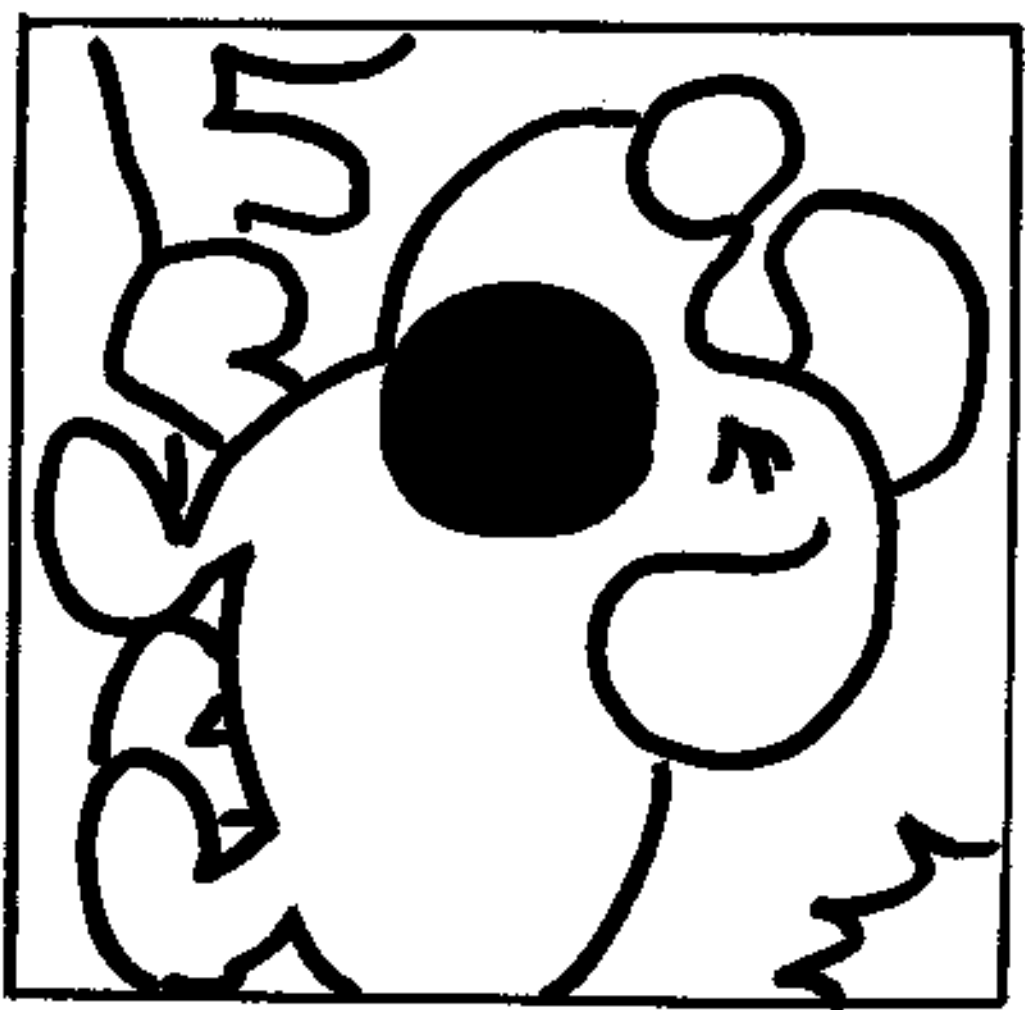


Se sentia tam feliz que se riu em voz alta.

¿Os lo imagináis?

"El siguiente, por favor!"

¡Ja, ja, ja!



Las personas no cerraban sus puertas normalmente. Daban un portazo: ¡Bang!
Las personas no se hablaban: se gritaban. ¡Hola!, gritaban cuando se encontraban en la calle.

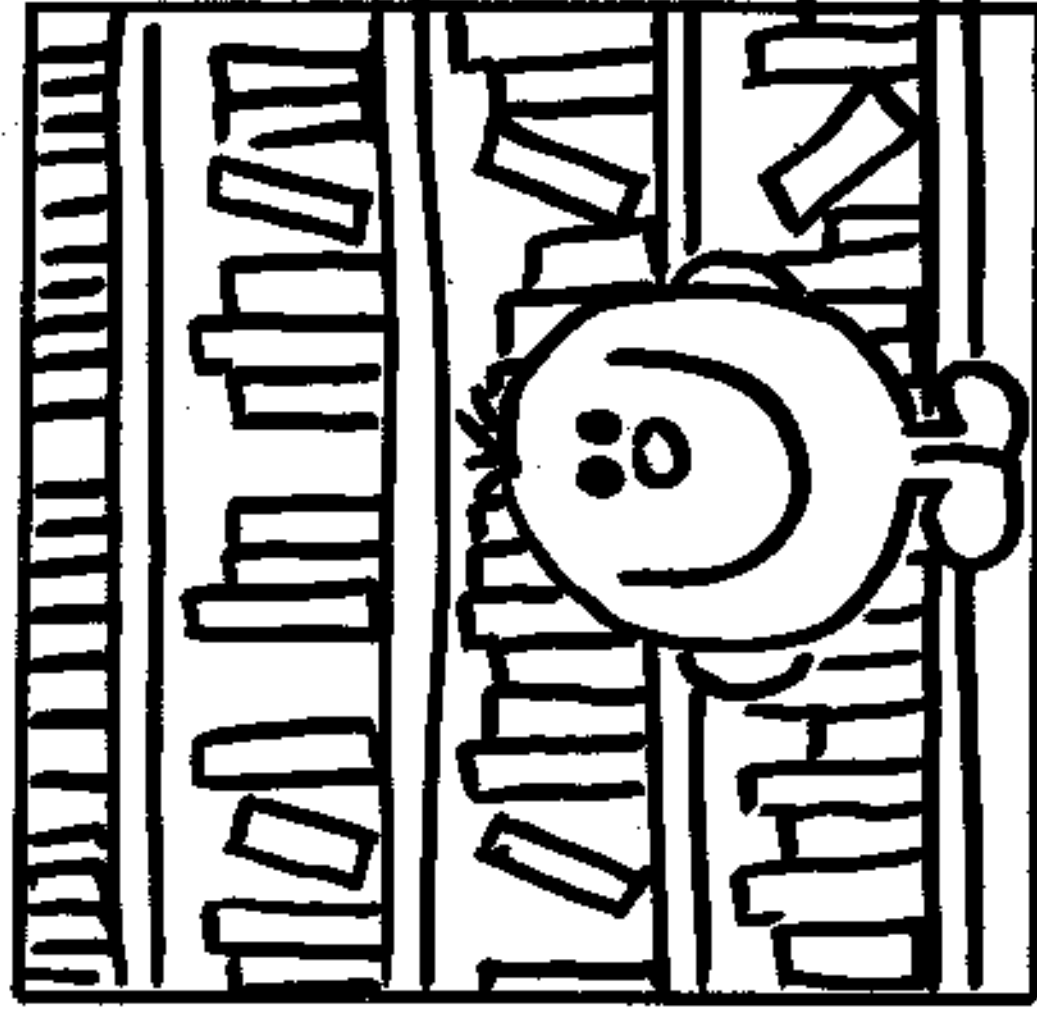
Y ya habréis oído decir que no hay nada tan silencioso como un ratón, ¿verdad?

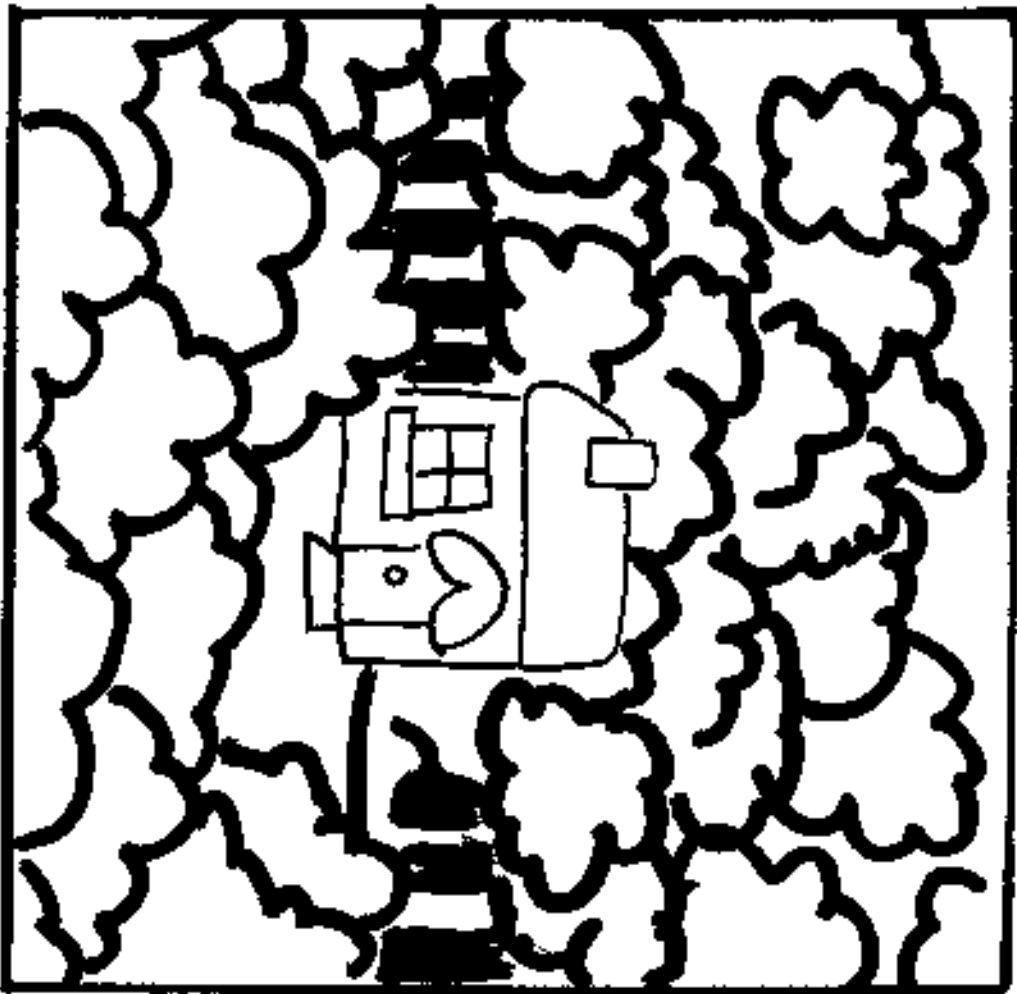
Pues en la Tierra del Ruido vivían

los ratones más ruidosos del mundo.

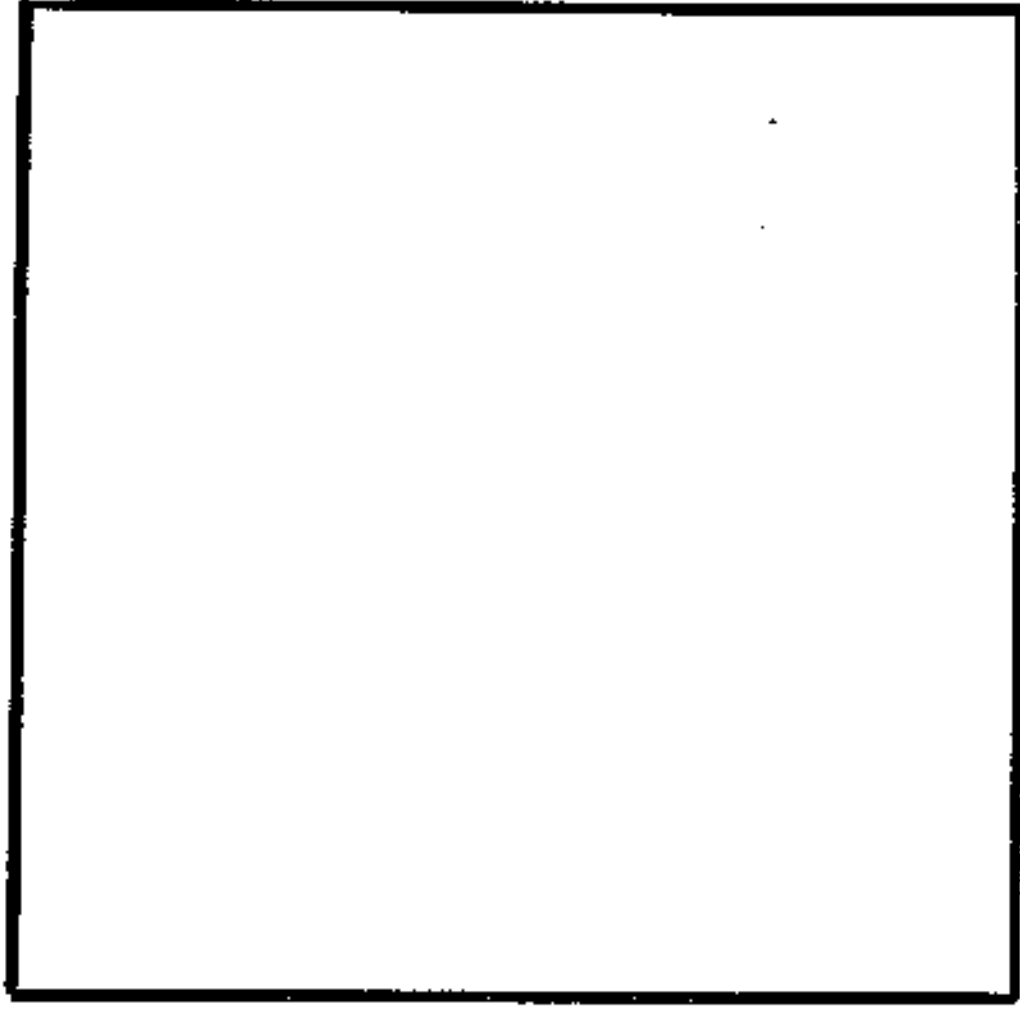
¡Squeak! ¡Squeak!, se gritaban

los unos a los otros.





Los perros no decían "guau",
como los perros que nosotros conocéis.
Decían (respirando profundamente):
"¡Guau!"



A Don Silencioso le gustaba la vida
tranquila.

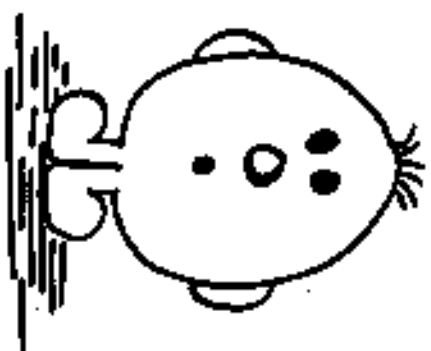
Vivía en una pequeña casita en medio del
bosque.

Sin embargo, había un problema:
la pequeña casita estaba en medio
de un bosque de un país llamado
la Tierra del Ruido.

En la Tierra del Ruido, todas las cosas
y todo el mundo eran ruidosos.

Don Silencioso

Roger Langreaves



 **Gavvota**
POLÍTICA EN LA
GAVVOTA